

Arrebatos femeninos, obsesiones masculinas. Un desencuentro estructural

Elina Wechsler

El *partenaire* sexual es, para el Psicoanálisis, siempre sintomático. Para Freud, porque la elección de pareja no es azarosa sino que está inevitablemente determinada por las fijaciones infantiles. De allí su condición repetitiva. En el amor es el inconsciente quien elige. El pasado se impone en acto. Cualquier encuentro, escribirá, es un reencuentro.

Para Lacan, porque Eros anuda dos síntomas. Un hombre, una mujer, encuentran a la otra o el otro que consueña con su goce. Una mujer es para todo hombre un síntoma, dirá, mientras que el hombre es para la mujer todo lo que se quiera, una aflicción peor que un síntoma, incluso un estrago.

Curiosamente, aunque el tiempo haya transcurrido, aunque haya caído el patriarca y su modelo de constitución familiar y cada vez más mujeres obtengan más gratificaciones fálicas del orden del tener –dinero, prestigio profesional– siguen siendo ellas las que presentan como síntoma privilegiado el estrago amoroso.

En el hombre, el deseo pasa habitualmente por el placer fálico, en las mujeres el deseo pasa habitualmente por el amor. La libido masculina suele tener soportes femeninos múltiples siempre que la fobia no los detenga, mientras que el amor femenino se basa en la exclusividad, aunque en la clínica actual con mujeres encontramos con cierta frecuencia la división que era característica sólo masculina en la época de Freud: maridos que hacen de madres y amantes que causan el deseo. También mujeres que han pasado de posicionarse de “mujeres-objeto” a buscar “hombres-objeto” en plena identificación con ese rasgo viril de las generaciones anteriores.

Planteamos con Lacan que así como del lado del hombre todo hombre se inscribe en la función fálica, de allí que su goce responda totalmente a lo fálico, del lado de las mujeres, aunque tienen abierta la vía del goce fálico, asentado en el clítoris, encontramos un goce suplementario no todo fálico, donde el amor tiene un lugar central y el goce sexual se presenta descentrado y puede, aunque no siempre, conducir a un plus exclusivamente femenino.

Ese goce todo fálico suele llevar a los hombres a dirigirse, siempre que su situación vital se lo permita, a múltiples mujeres, que van desde el obsesivo que suele dividirse entre la mujer-madre y la amante de turno, tal como desarrollaré más adelante, al donjuanismo, donde se ven compelidos a ir de una a otra sin poder detenerse en ninguna.

Todo esto sin desmerecer que hay hombres que aman como mujeres y mujeres que aman como hombres, ya que no nos referimos a la realidad biológica sino a las identificaciones psíquicas. Ser hombre o mujer no es para el Psicoanálisis un punto de partida sino de llegada.

Pero contrariamente a la mayoría de los hombres cuyo placer fálico les basta, las mujeres necesitan del amor, y por lo tanto de las palabras de amor, de las cuales los hombres en general pueden prescindir. Sólo como muestra, la existencia de la prostitución.

La demanda de amor femenina, el gusto por las cuestiones de amor, es un goce en sí mismo, y el miedo a perder ese amor equivale para Freud a la angustia de castración masculina. Arrebato pasional femenino que cambiante en las formas por las modalidades de los tiempos sigue apareciendo como la marca femenina por excelencia.

Morir de amor, real o psíquicamente, concierne también a los hombres, pero en nuestra cultura se muestra como un paradigma femenino.

El hombre histérico puede presentar estados pasionales en la medida en que se identifica con la pregunta por la femineidad en lugar de inscribirse en la pregunta sobre la masculinidad. Pero los hombres se apasionan en general por los asuntos civiles. El discurso pasional masculino suele encubrirse por los asuntos del dinero y del poder. Las mujeres, en cambio, aunque cada vez más inscriptas en las cuestiones fálicas del tener, no dejan de presentar un plus, un plus netamente femenino, que las hace hablar desde una verdad personal que atañe a los asuntos de familia, y en último término, del amor.

Es fundamentalmente sobre este enigma de la relación sexual y

amorosa por la que tanto hombres como mujeres siguen demandando análisis para interrogarse qué torna tan fallida la supuesta y sólo mítica complementariedad entre los sexos. Mítica complementariedad que se hace más patente aún en este Siglo XXI y que, a pesar del desencuentro estructural, puede conducirnos por encuentros menos devastadores o luego de un análisis, a vínculos de más placer y menos sufrimiento.

Los retos que plantea el abrupto cambio en la relación entre los sexos están provocando confusiones que producen angustia, síntomas e inhibiciones de todo tipo. Sólo mencionar una tipología masculina muy actual: hombres angustiados frente a las mujeres resueltas de hoy, que redundan en la pasividad sexual a la espera de que sean ellas las que tomen la iniciativa, situación sostenida por un fantasma inconsciente homosexual de todos los tiempos que hoy aparece menos velado e incluso actuado por la facilitación social de la homosexualidad.

Hasta ayer, vivíamos en una civilización en que la representación de la feminidad era absorbida por la maternidad, en que la función del padre era clara y tajante. Nada de eso ocurre ya y el desconcierto tiene profundos efectos. Estos cambios en la moral sexual contemporánea plantean cuestiones inéditas alrededor de las preguntas: ¿Qué es ser una mujer? ¿Qué es ser un padre? Si bien las respuestas subjetivas nunca estuvieron dadas de antemano, hoy se vuelven más complejas por la caída estrepitosa del imaginario en torno a la identidad sexual que aseguraba ciertos rasgos identificatorios que se transmitían de padres a hijos, de generación en generación.

Tanto la mujer como el hombre neurótico suelen enfrentarse con una impotencia para el goce y/o el amor. Habitualmente –aunque con excepciones– la mujer a la manera histérica, el hombre a la manera obsesiva, tal como nos recuerda Freud en “Inhibición, síntoma y angustia”, hipótesis que desarrollaré en esta conferencia.

La apuesta de los medios de comunicación y de los sexólogos por la supuesta naturalidad y simplicidad del encuentro sexual enmascara su eterna complejidad ya que el mito de la complementariedad entre los sexos se ve trastocado por las diferencias universales de hombres y mujeres al encontrarse y la confusión identificatoria actual.

De allí los arrebatos femeninos, las obsesiones masculinas y su desencuentro estructural.

ARREBATOS FEMENINOS

En el arretrato amoroso las mujeres experimentan el exceso, el sin límite, lo irresistible, la vida o muerte, el hombre elegido como único horizonte vital. Los momentos en que el amor es correspondido produce en estas mujeres una exaltación narcisista, de felicidad suprema, pero cuando no es correspondido, un dejarse caer en la angustia, la depresión, la desesperación extrema.

La dimensión del amor implica de tal modo a las mujeres que lleva a Lacan a hablar de la forma erotomaniaca que toma la elección de objeto femenina. Apoyándose en la loca convicción erotomana de ser amada por un hombre célebre, y generalizando el cuadro, llega a plantear el estrago al que conduce a tantas mujeres un mal encuentro con el hombre. Será el encuentro con tal hombre –y no con cualquiera– que ese goce llevado al acto pueda convertir su vida en un tormento.

Allí donde Freud encuentra detrás del gran apego al padre, la vinculación incestuosa con la madre, Lacan hablará del estrago maternal. Más tarde, un hombre puede ocupar el lugar de la devastación materna.

Estos estados femeninos se presentan clínicamente como el reverso de la autonomía femenina en cualquiera de sus ámbitos pues implican el sacrificio extremo en nombre del amor. Las mujeres desisten entonces en favor del objeto, renuncian a la autonomía en beneficio del amado al que se dedican a sostener. Esta situación, acompañada del desplazamiento de las aspiraciones personales al hombre elegido, sigue siendo una figura frecuente de la clínica actual, pese al cambio de posición de las mujeres en otros ámbitos.

Todos los demás aspectos de la vida quedan entonces anulados por este arretrato que nada ni nadie, mientras dura, podrá calmar. La causa desesperada se pone al servicio de una derrota inevitable y mantiene a las mujeres en un destino de fracaso personal.

El estrago llega al límite cuando la dependencia se perpetúa aunque el daño o la humillación sean extremas. Situación que puede desembocar en la muerte si se produce el encuentro con un hombre que la juegue hasta el final.

Las historias cada vez más frecuentes de violencia de género suelen producirse cuando las mujeres, atraídas por cierta independencia facilitada por la inserción en el mundo del trabajo y la aparición de otras aspiraciones libidinales, deciden prescindir del objeto hasta allí imprescindible. Suele ser demasiado tarde.

¿De qué advierte la insistencia de este conflicto aún en nuestro postmodernismo? De aquello que yace en lo inconsciente, en el sentido freudiano del término, del deseo inconsciente que convoca a repetir el goce absoluto que no pudo realizarse con el objeto primordial, la madre, y que no se realizará jamás.

Las mujeres instauran entonces una posición invertida en virtud de la cual aman desesperadamente, como hubieran querido ser amadas. La hija invoca así al hombre como el que detenta la plenitud, herencia imaginaria del Otro primordial, la madre, que alimentó la avidez de la demanda.

El padre, que se significó en la fase fálica como poseedor del falo que desea la madre, ha heredado la omnipotencia con la que ella estaba investida y el fantasma concomitante de un goce ilimitado que tiene y puede ofrecer. La niña no ha hecho más que desplazar sobre el padre, y más tarde sobre un hombre, las metas de su lazo libidinal con la madre.

Repetición del deseo inconsciente, indestructible, irrealizable en la infancia y relanzado hacia el objeto de amor.

Si el *partenaire* no le da, no es porque no puede sino porque no quiere. El hombre imaginarizado como completo, sin falta, se transforma entonces en causa de su tormento, causa de su amor pero también de su otra cara, el odio.

El estrago es, en este sentido, la otra cara del amor, su vertiente masoquista.

La vocación de la mujer por crear y mostrar esta escena trágica, su desborde en el lugar mismo del síntoma se deja escuchar en nuestras consultas, periódicamente, aunque sean mujeres con independencia económica y social. La desventura amorosa sigue siendo para ellas el motivo privilegiado de consulta.

La palabra de estas mujeres suele inscribirse, como si de una maldición del destino se tratara, en una cadena femenina; ellas ponen su voz a la cadena hablante de una genealogía universal. Suelen justificar su drama en nombre del amor, que idealizan y transforman en goce supremo y en arma de batalla.

No se trata ni más ni menos que de la repetición del drama de las generaciones anteriores y aún, del drama femenino por excelencia, vivir y morir por el amor, convirtiéndose la pasión por un hombre en el único horizonte libidinal posible. El deseo ha quedado totalmente alienado, a merced del Otro.

El análisis permitirá a las mujeres de nuestro tiempo, cuyo

discurso nos interpela desde una obstinada fijación, encontrar, simbólicamente, otro lugar en el que ser reconocidas y reconocerse como mujeres ya que lo no simbolizado en torno al lugar de lo femenino es el resorte inconsciente del arrebató pasional.

EL ARREBATO MATERNAL

La orientación de la mujer hacia el hombre se presenta problemática, vacilante, precaria. Freud, que no era ajeno a esta circunstancia, marcó el enigma con la pregunta “¿Qué quiere la mujer?” Parece haber resuelto el tema de la castración femenina por la vertiente fálica. Tener hijos, en lugar del falo anhelado. Incluso llega a afirmar en su texto “La femineidad” que para que un matrimonio funcione, el hombre tiene que terminar por ubicarse como hijo de su mujer.

En efecto, la mujer puede tomar el camino privilegiado de la maternidad, a la que puede consagrar un pleno amor objetal sin renunciar al narcisismo, y que en su versión más patológica implicará al hijo como fetiche. El niño es situado aquí como fetiche de la madre en la medida que vela su castración, convirtiéndose en su único deseo. Hijos psicóticos y perversos dan cuenta de esta fijación, siempre que el padre haya renunciado a su función de corte.

Las mujeres pueden obturar la inquietante pregunta sobre la feminidad a través del rodeo de la maternidad: ser mujer será, entonces, ser madre. La alienación del deseo en un objeto, esencia de la pasión, puede tomar la forma de la pasión por la maternidad. La ecuación imaginaria mujer = madre habrá triunfado entonces sobre el enigma de la diferencia de los sexos. Si hay hijo, ya no hay falta.

La realización materna no parece defender necesariamente a las mujeres de la patología del amor, esta vez encarnada en el hijo.

Las demandas de reproducción asistida, que posibilita la búsqueda de hijos sin padre real gracias a las nuevas tecnologías, están hoy al servicio de las mujeres, como modo inédito de obturar el aspecto siempre enigmático de la diferencia de sexos y la problemática del don, creando nuevos imaginarios en torno a la filiación. La “pasión de embarazo” suele aparecer en mujeres cercanas a la cuarentena que deciden exponerse a todo tipo de intervenciones, las veces que haga falta, convirtiéndose la futura maternidad en lo único deseable en su vida, desestimando así todos los logros obtenidos en otros campos.

Esta pasión es una nueva presentación de este arrebatos maternal femenino por la evolución de las nuevas tecnologías.

Aunque la niña llegue a desear fantásticamente un hijo del padre identificándose con la madre, no por ello accederá necesariamente a una posición femenina. Muchas mujeres, de hecho, pueden sentirse satisfechas de la maternidad, estén solas o con pareja, pero no con su femineidad ni su sexualidad. La pregunta puede quedar así obturada.

Si una mujer imaginariza el falo a través del hijo, no sorprenderá que en esa circunstancia se aleje del hombre, conflicto tan habitual entre ser mujer y ser madre. La psicopatología del puerperio no afecta sólo a las mujeres sino a la pareja. El desencuentro estructural entre hombres y mujeres se deja notar con especial intensidad en esta época y conduce muchas veces al deterioro o la aniquilación de la hasta allí pareja sin serios conflictos.

No tener el falo, querer tenerlo, querer un hijo. Tal es la ecuación freudiana. Pero el deseo de acogida necesita también del de desprendimiento y sólo la renuncia a la cosa fálica convertirá a la mujer en madre y hará del falo imaginario un hijo real. Paradójicamente, habrá que renunciar para tener. Se trata del deseo de hijo sobre lo pulsional que retendría al objeto para su satisfacción aún a costa de su muerte física o psíquica. Madre que renuncia para que el hijo pueda constituirse como sujeto y que se muestra de manera magistral en el Juicio Salomónico.

El mito de la madre completa evita, en cambio, la circulación del falo como significante de lo que siempre falta. Remite en la teoría a la madre fálica y omnipotente de un primer tiempo edípico donde nada le falta ni a la madre ni al niño por completarse imaginariamente y se visualiza en la clínica en las diversas modalidades de la madre narcisista.

La embarazada permanente, la que abandona libidinalmente al hijo cuando llega otro bebé, la que se cree dueña de los hijos en caso de separación, la que sólo ama a los hijos varones, y un largo etcétera.

La maternidad no resuelve la pregunta por la femineidad. Una mujer que concibe no se siente por ello más mujer. Por el contrario, la clínica psicoanalítica nos muestra que, en una gran cantidad de casos, la mujer que se ha vuelto madre suele sentirse menos mujer que antes.

El ser mujer es la interrogación *princeps* de la encrucijada femenina, pregunta que, de no ser resuelta, insistirá en forma sintomática bajo la forma de los arrebatos amorosos y maternos.

OBSESIONES MASCULINAS

La neurosis obsesiva es una enfermedad de la moral abrumada por ideas mortificantes, que se presenta bajo la modalidad de la culpa y la deuda. Enredado en la jaula narcisista, el obsesivo pretende un control total a partir de su Yo; la pretensión ilusoria, forzada e imposible de controlar y manejar los hilos de la escena deseante de los otros.

El obsesivo no puede perder, porque cualquier pérdida lo remite a la castración, a un desfallecimiento de su imagen narcisista. De allí su carácter anal, retentivo. De allí su afán de controlarlo todo, especialmente a su objeto u objetos amorosos.

Nada se debe mover, al menor atisbo de que su mujer –o sus mujeres– pueda descontrolarse de su dominio, estará dispuesto a grandes sacrificios para que las cosas vuelvan a su estado inicial. La momificación del deseo del otro es condición de amor: él es el propietario, cueste lo que cueste. Allí está él para colmar la falta. ¿Cómo puede estar ella insatisfecha si lo tiene a él?

De allí la frecuente unión entre el obsesivo y la histérica. Ella, permanentemente insatisfecha, él, esclavizado por satisfacerla.

Así como en la histeria la Otra Mujer aparece en el horizonte como la figura fantasmática que podría responder a la pregunta inconsciente ¿Qué es ser una mujer?, la figura que acompaña al obsesivo es la muerte. La pregunta histérica se refiere al sexo, la obsesiva a la existencia.

Su pregunta esencial es por tanto: ¿Estoy vivo o muerto? Las grandes hazañas yoicas, las necesarias demostraciones de potencia en la escena del mundo o del sexo a las que se ve arrastrado son un intento de sentirse vivo. Dar prueba de que está vivo en la proeza de la acción, desde la omnipotencia. Pasión de ser, de seguir siendo el falo de la madre, lugar que ocupó imaginariamente al creer satisfacerla allí donde creyó que el padre no lo hacía.

Queda así inscripto en su psiquismo la perdurable nostalgia de ser ese objeto fálico junto al que la madre encontraría lo que no le daba el padre. En razón de la ambigüedad del discurso materno, surge en el niño un dispositivo de suplencia a la satisfacción del deseo de la madre, sobre el que está construida su lógica inconsciente, ser el falo, y tal privilegio despierta en el niño, como puntualizó Freud, una libidinización precoz.

Podemos situar al sujeto obsesivo como aquél que en el tránsito

edípico se sintió fuertemente amado por la madre, que tuvo estatuto de objeto privilegiado del deseo materno, y que no ha renunciado a ser ese falo en la escena del mundo, también en la relación con la mujer.

La agresividad edípica hacia el padre lo perpetúa en el campo de lo psíquico. El obsesivo siempre está psíquicamente en lucha para no ser sometido por el padre o sus representantes: el jefe, el suegro, el colega.

Se trata de un defecto de la represión de los fantasmas edípicos, deseo incestuoso por la madre, deseo parricida por el padre. Pero también, en virtud de lo que Freud conceptualizó como Edipo invertido, el deseo de ser amado pasivamente por el padre y el horror consiguiente a la castración de la posición viril que lo mantiene en una lucha titánica por no ser sometido por otro hombre.

Curiosamente, tal como puntualiza Freud en un pie de página de su texto “Análisis terminable e interminable”, muchos obsesivos terminan siendo sometidos no por hombres sino por sus mujeres, representantes del padre. La mujer con quien están casados se convierte así en la encarnación del Superyó bajo la forma del reproche, la queja, la demanda infinita, lo que debe y no debe hacer.

¿Cómo ser un padre? Siendo el padre el que está en el centro de su problemática inconsciente la asunción de la paternidad presenta en este cuadro una enorme dificultad. De allí tantos hombres, ayer y hoy, que al sentirse sustituidos por el niño-falo, cambian de mujer cuando se convierten en padres. Hombres-niños en busca de otra mujer madre que no los excluya.

Perdido en el laberinto de un tiempo muerto donde lo significativo queda siempre para después, reforzando su fantasía de inmortalidad, el obsesivo vive sometido al régimen de la duda, a la exuberancia retórica, a un mundo cerrado donde no hay lugar, en suma, para las vicisitudes de la dramática amorosa.

Preso de síntomas repetidos que lo encierran en su soledad narcisista, alguna mujer puede, como un torbellino, hacer trastabillar su goce autista. La película “Un pez llamado Wanda”, muestra esa posibilidad de manera ejemplar y divertida, aunque para ellos no lo sea tanto.

EL OBSESIVO Y EL AMOR

¿Qué pasa con el amor, tan caro a las mujeres, del lado de los hombres?

El obsesivo se defiende, encarnizadamente, con sus síntomas, del dolor del amor. Sufre de deseos que lo obsesionan y tiene terror a esos mismos deseos.

El hombre obsesivo es el que llega a caricaturizar la disyunción: o la amo o la deseo, o la madre o la prostituta. La mujer histérica suele enfrentarse al amor con un gran monto de sufrimiento y síntomas sexuales, mientras que el obsesivo se presenta empobrecido para amar.

Preso de la idealización de sí mismo, cuando en la vida amorosa debe tomar una decisión, se escabulle, anulando la pérdida y la ganancia. De allí los hombres que consultan cuando se aterrorizan frente a su propia boda, los que deben elegir entre la mujer o la amante cuando son descubiertos o se sienten incapaces de soportar la paternidad.

Arrastran la penosa sensación de no estar presente en los acontecimientos importantes de su propia vida por el aislamiento, la desconexión entre la representación y el afecto, una de sus defensas clave, que suele volver loca a sus mujeres.

Aunque lo erotizado es, por encima de todo, el pensamiento, la escisión del objeto incestuoso lo conduce a un postulado básico, matriz de la separación neurótica entre amor y deseo sexual que circula en un discurso comandado por la duda.

En “Contribuciones a la psicología del amor” (1910-12), Freud da cuenta de esta bifocalidad del deseo masculino donde la condición amorosa reposa en el clivaje inconsciente del objeto, en tanto el sujeto masculino no está enfrentado al Otro sexo como tal, sino a dos valores del objeto edípico: la mujer sobreestimada y la mujer rebajada, la madre y la prostituta. La tal prostituta freudiana queda en nuestro tiempo reemplazada, en general, por la o las amantes.

Freud encara en “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” (1908) el viejo y vigente tema de la doble moral sexual del varón, que afecta hoy también a las mujeres. Pero será en el texto antes citado donde dará la clave de la disociación del objeto en los hombres.

¿Qué sucede con esta “doble moral” desde el lado de las mujeres? Si Freud da cuenta de que el deseo del hombre está escindido entre dos objetos, la madre y la prostituta, escisión imaginaria de la madre como objeto prohibido, ¿están exentas las mujeres de encarnar alguna de estas dos posiciones, fijarse en una de ellas, neurotizarse por el enigma de la otra?

Ser una mujer no se reduce, evidentemente, a ser la amante, pero frecuentemente la amante la encarna. La mujer legítima no es, evidentemente, la madre, pero suele representarla. La figura de la amante del hombre casado toma entonces una dimensión mítica, figura que tantas veces es un secreto a voces de la estructura familiar, de la moral sexual cultural. Es la otra del fantasma masculino escindido, pero también desde el fantasma de la interrogación de la mujer legítima.

A través de la amante, algo de la pregunta sobre el goce femenino se perpetúa, y a partir de la madre, algo de la pregunta sobre el goce fálico se deja oír.

No parece tratarse de dos tipos de mujeres, sino de un mito que las contiene a ambas como las dos caras de una misma moneda. Las mujeres pueden atravesar estas dos posiciones alternativamente, fijarse en una o sostener ambas. Algunas lo logran, otras no. Pero si se ubican en una, suelen interrogarse sobre la otra.

En nuestra cultura, la presencia de la amante corrobora esta disociación, motivo de consulta frecuente en hombres divididos entre la mujer legítima, a la que quieren pero no desean, y la amante, objeto de deseo a la que no pueden amar pero tampoco renunciar.

Hemos transitado ciertos rasgos característicos de hombres y mujeres para testimoniar, desde el psicoanálisis, su desencuentro estructural. Pero a pesar, o por ellos, sigue y seguirá habiendo encuentros, más o menos pero siempre sintomáticos. ¿Cuándo? Cuando el fantasma inconsciente de un hombre se enganche al fantasma inconsciente de una mujer. De eso se trata el amor. De ese encuentro contingente que ofrece la ocasión de entrar en contacto con otro que encarnará tanto lo anhelado como lo fallido.

BIBLIOGRAFIA

- FREUD, S. (1908) Carácter y erotismo anal. Bs. As., *Obras Completas*, Amorrortu, Vol. IX, 1992.
— (1908) La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna. Bs. As., *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Vol. IX, 1976.

- (1909) A propósito de un caso de neurosis obsesiva. Bs. As., *Obras Completas*, Amorrortu, Vol. X, 1992.
- (1910-1912) Contribuciones a la psicología del amor I y II. Bs. As., *Obras Completas*, Amorrortu, Vol. XI, 1992.
- LACAN, J. (1953) El mito individual del neurótico. En: *Intervenciones y Textos*. 2, Bs. As., Manantial, 1988.
- “La pregunta histórica”. En *El seminario. Libro 3, Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós, 1984.
- *El seminario. Libro 20, Aún*, Barcelona, Paidós, 1986.
- LECLAIRE, S. “Jerome o la muerte en vida del obsesivo”. En: *Desenmascarar lo real*. Bs. As., Paidós, 1991.
- “Philón o el obsesivo y su deseo”. En *desenmascarar lo real*. Bs. As., Paidós, 1991.
- WECHSLER, E. *Psicoanálisis en la Tragedia. De las tragedias neuróticas al drama universal*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- *Arrebatos femeninos, obsesiones masculinas. Clínica psicoanalítica hoy*. Buenos Aires, Letra Viva, 2008.

Trabajo presentado: 9-11-2010

Trabajo aceptado: 20-12-2010

Elina Wechsler

Duque de Tananes 3. 3º D

Madrid, 28043

España

E-mail: wechsler@telefonica.net